

HERVÉ LE CORRÉ

DESPUÉS DE LA GUERRA

«Una intensa historia de venganza
que mira de frente a los fantasmas
de los años cincuenta.»

LE MONDE

Burdeos, años cincuenta. Una ciudad repleta de heridas tras la Segunda Guerra Mundial por la que se pasea la inquietante silueta del comisario Darlac, un policía sin escrúpulos que colaboró con el régimen nazi. Al mismo tiempo, lejos pero peligrosamente cerca, empieza a nacer un nuevo conflicto: los jóvenes son llamados a filas en Argelia.

Daniel sabe que ese es su destino. Perdió a sus padres en los campos de exterminio y es aprendiz de mecánico. Un día, un desconocido llega al garaje en el que trabaja para reparar su moto. No es casualidad. Su presencia desatará una oleada de violencia en toda la ciudad mientras otros crímenes se suceden en Argelia. La guerra nunca termina.

Índice de contenido

Cubierta

Después de la guerra

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Glosario

Sobre el autor

*Pese a que el telón de fondo de esta novela recoge hechos
históricos por todos conocidos, los personajes y las
situaciones
que viven proceden únicamente de la imaginación del autor.
Todo parecido con cualquier persona viva o muerta
es pura coincidencia.*

1

Hay un hombre en una silla con las manos atadas a la espalda. Está en calzoncillos y camiseta de tirantes, inmóvil, con la mandíbula desencajada y la barbilla contra el pecho, y respira por la boca, de la que cuelga, entre los labios reventados, un hilo de baba sanguinolenta. El torso sufre una sacudida con cada inspiración, debido a los sollozos o quizá a las arcadas. Tiene una brecha en la ceja derecha que sangra sobre el ojo hinchado, convertido en un huevo negruzco. En la frente, un chichón enorme empieza a amoratarse. Le ha chorreado sangre de la cara por la camiseta. También ha caído al suelo.

El espacio solo está iluminado por la lámpara suspendida encima de la mesa de billar, que proyecta un cono de luz amarilla y deja todo lo demás en penumbra: cuatro mesas de bar, redondas, con sus sillas alrededor, un tablero de puntuación, un aparador. Aunque hay apliques en las paredes, con pantallitas verdes, da la impresión de que a nadie le ha parecido necesario encenderlos.

Alrededor del hombre de la silla hay tres individuos que ahora mismo no dicen nada y se limitan a fumar, de pie. Jadean ligeramente, se oye su respiración entrecortada, que se calma poco a poco. Uno de ellos, en especial, alto y corpulento, tose y está a punto de ahogarse, y acaba pisando el pitillo para apagarlo. La camisa arremangada deja ver unos músculos abultados. La barriga prominente tensa los faldones y tira de los botones, que parecen a punto de reventar. Tiene el pelo muy negro, rizado,

lo que confiere a la cara redonda un aspecto de serafín malhumorado, con el entrecejo fruncido, la boca torcida y los ojos muy claros y atravesados por grandes pupilas, clavadas en este instante en la nuca del hombre de la silla.

—A ver, ¿qué hacemos?

Los otros dos también miran con gesto pensativo al hombre inconsciente y no parecen haber oído la pregunta. El mayor de los tres se aproxima. Examina la cara tumefacta y chasquea los dedos a la altura de una oreja.

—Hay que espabilarlo. El muy hijo de puta no puede con su alma.

Se pone recto y le atiza un manotazo en la coronilla.

El hombre da un respingo, abre todo lo que puede el ojo que aún le sirve.

—¿Sabes dónde estás? ¿Sabes qué haces aquí? ¿Te acuerdas? ¡Eh! ¿Me oyes o qué?

El otro gime mientras asiente con la cabeza. Puede que se oiga un «sí» procedente de lo más hondo de la garganta.

—¿A Penot lo conoces? Sí, claro que lo conoces. Bueno, pues buscamos al que lo rajó el otro día. Y punto. O sea, que nos dices dónde está el Cangrejo y te dejamos que te vayas a casita. ¿Entendido?

El grandullón suspira, carraspea y escupe en el suelo. Ya respira mejor y enciende otro pitillo. Se oye el chasquido de su mechero americano. El tercero se ha sentado en una silla con los codos apoyados en la mesa, las piernas estiradas y los pies cruzados. Mira el reloj. Solo se oye el jadeo del torturado.

—Esto es perder el tiempo —dice el que ha mirado la hora—. Coño, son casi las doce de la noche. No va a abrir la boca.

—Pues claro que va a cantar. ¿A que vas a cantar? ¡Sujétale la cabeza!

Se levanta, se quita la americana, se arremanga, le rodea el cuello con el brazo y tira hacia sí para estrangularlo.

El mayor enciende un pitillo, aspira el humo con avidez y mira cómo enrojece la punta incandescente; luego se acerca al hombre, que trata de gritar, aunque el sonido queda ahogado por el brazo que le atenaza la garganta.

—¿Dónde está el Cangrejo? Está claro que ha liquidado a Penot a la primera de cambio para vengarse por lo que le hizo a su hermano durante la ocupación. Sabemos que ha sido él o uno de los suyos, así que dínoslo, joder, o te damos de hostias hasta mandarte al otro barrio.

Da vueltas con el pitillo alrededor del ojo derecho del torturado, que logra decir entre estertores que no sabe nada. Expectoradora las palabras. Salivazos sanguinolentos. Luego chilla cuando el otro le hunde la punta del pitillo justo debajo del ojo y al que lo retiene le cuesta impedir que zarandee la cabeza y se retuerza hasta mover la silla, cuyas patas rechinan levemente contra el parqué. El grandullón acude en su ayuda y le coloca las manos contra las sienes con el gesto disgustado de quien está ya harto de ese tipo de obligación rutinaria.

—Cierra el pico —ordena—. Y contéstale a Albert si no quieres quedarte tuerto.

Habla sin levantar la voz, como el que da un consejo con impaciencia. Sus manos forman una especie de casco en torno a la cabeza ensangrentada, con los gruesos dedos a modo de visera.

El tal Albert aparta el pitillo y le da una calada. Olor a piel y carne quemadas. El humo, espeso e indolente, flota por debajo de la lámpara del billar. Les hace un gesto a los otros dos y vuelve a acercarse. Sostiene la brasa de tabaco al lado de la comisura del ojo.

—¿Sabes qué? De haber estado aquí Penot, ya te habría hecho la manicura; siempre les hacía lo mismo a los maricones con los que se topaba ¡y no podían pintarse las uñas durante un tiempesito! Y el rabo ya te lo habría enchufado a la corriente. Total, que por un lado es mejor que esté muerto. Claro que nosotros tampoco somos mancos.

Nos dedicamos a otras cosillas. Podemos hacerte un tratamiento a navaja, como a un lechón.

El hombre de la silla sacude la cabeza. Gime que no ha hecho nada, que no ha sido él. Que no sabe nada. Le caen las lágrimas por las mejillas sin parar.

—Deja de lloriquear, que nos das pena. Dime dónde puedo encontrar al Cangrejo o te apago el pitillo en el ojo y te lo achicharro, pedazo de mamón. Si hace falta, te utilizo de cenicero toda la noche.

Los otros dos vuelven a inmovilizarlo como antes. Se muestran tranquilos, metódicos. Escrupulosos. No delatan ni rastro de impaciencia, de cólera. Puede que en sus rostros relucientes sí se manifieste cierto hastío. El hombre intenta forcejear, pero no sirve de nada, teniendo en cuenta la camisa de fuerza de brazos y manos que lo inmoviliza. Dos o tres pestañas crepitan ya y de inmediato huele a pelo quemado. El alarido que lanza el individuo los sobresalta a los tres. Albert da un paso atrás, sosteniendo el pitillo entre el pulgar y el índice. El hombre gime, jadea y se ahoga, tiene la garganta llena de flema y ya no se retuerce, concentrado como está en respirar; luego, proyectando el torso hacia delante con tanta violencia que casi vuelca la silla, vocifera:

—¡Está en la rue du Pont-de-la-Mousque! ¡Ha cogido una habitación para esta noche en el hotel de Rolande con una puta que tiene! Mañana se va a España a pasar el invierno. Hace una semana que no duerme en su casa, dice que es peligroso porque los otros lo buscan por lo de Penot.

Se queda sin aliento, abatido, con la cabeza caída. El pecho se agita con una respiración entrecortada, los pulmones silban como cámaras de aire aplastadas.

—Tenemos algo de tiempo —dice Albert.

Hace un gesto al grandullón, que saca del bolsillo de los pantalones una navaja, cuya hoja despliega, y se queda allí plantado contemplando el brillo del acero. El hom-

bre de la silla retuerce la boca y llora en silencio. Luego, con voz quejumbrosa, consigue decir que no pueden hacerle eso, que les ha dicho lo que querían saber.

El grandullón se limpia una uña con la punta de la navaja. Se ríe con ganas.

—¿El qué? —pregunta, con fingido asombro—. ¿Tú te crees que vamos a descuartizarte aquí? ¿Cómo se te ocurre? ¿Y ponerlo todo perdido? ¿Dejar el parque hecho una porquería con tu sangre asquerosa? ¿Luego vas a limpiarlo tú o qué? Anda que no berrearía la vieja si le enguarráramos la sala de billar.

—Venga, vámonos ya. Francis, ve a por el coche —ordena Albert, lanzándole las llaves.

Francis se limpia con un gran pañuelo la sangre que tiene en las manos y los antebrazos, luego se pone la americana y después un abrigo que había dejado encima de una mesa.

La calle, que pasa por alguna parte de la zona de detrás de la estación, cubierta de adoquines desnivelados, queda cortada aquí y allá por los raíles por los que de vez en cuando pasan entre gemidos locomotoras diésel que tiran de vagones de mercancías. No hay un alma. A lo lejos se oye un rechinar metálico, el ladrido de un perro. De un empujón, meten a su prisionero en el asiento de atrás. Está llorando.

Albert va al volante, Francis a su lado. Detrás, el grandullón y el hombre al que han torturado. Nadie dice nada. Alguien ha llamado Jeff al grandullón hace un momento, mientras el coche arrancaba. Al hombre de la silla le han hablado sin llamarlo por su nombre en ningún momento. Lo llevan todavía con las manos atadas. No le han dado la oportunidad de vestirse, de modo que, al ir solo en ropa interior sobre el escay del asiento del coche, tiritita de frío, sorbe por la nariz y le castañean los dientes. ¿Cómo se llama? Es probable que lo digan dentro de unos días en la

sección de sucesos, o quizá incluso en la portada de *Sud Ouest*, cuando encuentren el cadáver y lo identifiquen.

En cambio, sí es conveniente saber por qué Albert ha insistido en ponerse al volante: el coche, un Peugeot 403 prácticamente nuevo, pertenece al Departamento de la Policía Judicial, del que es comisario.

El comisario Albert Darlac.

Disminuyen la velocidad al llegar a un bulevar oscuro que se pierde por el norte de la ciudad, en un barrio lleno de fábricas y de obreros, arrinconado entre una zona pantanosa de caminos inundados y el río fangoso que se lleva el cieno hacia el norte. Miseria encharcada. Toman un camino de cemento que lleva a la base submarina abandonada por los alemanes al lado de las dársenas. Se adivina su masa gigantesca, que absorbe la noche y la condensa en tinieblas impenetrables. Se detienen en un tramo lleno de baches, pegado a un terreno baldío invadido por los cardos y las zarzas. Francis y el grandullón abren las puertas traseras del vehículo y hacen bajar al hombre, que cae de rodillas en un charco. Francis lo levanta como si fuera un muñeco de trapo para ponerlo de pie y corta la cuerda que le ata las manos. Lo empuja delante del coche, en el haz de luz de los faros.

—Eres libre. Lárgate.

El hombre tiembla y gime. No se mueve. Los mira sin entender, tratando de leer su expresión, pero probablemente no ve otra cosa que la noche. Se abraza en la oscuridad gélida y luego echa a andar con cautela, ya que va descalzo por un sendero desdibujado que apenas se distingue entre los matorrales.

Jeff saca de un bolsillo interior del chaquetón una Luger que amartilla sin hacer ruido, luego avanza y apunta al hombre, que un poco más allá jadea y solloza porque se hace daño en los pies con los pinchos y todas las porquerías que cubren el miserable páramo. Cuando resuena el disparo, Darlac y Francis hunden la cabeza entre los hom-

bros, puesto que el estruendo reverbera contra los muros de cemento del fortín monstruoso, que lo amplifican y parecen propagar la detonación por toda la ciudad.

El hombre sale impulsado hacia delante por el impacto y da un traspié, clava una rodilla en el suelo y grita de dolor antes de levantarse para tratar de correr. Logra recorrer dos o tres metros entre chillidos y su silueta está a punto de fundirse con la oscuridad, más allá del haz de los faros, cuando el grandullón vuelve a apretar el gatillo y ven que una forma clara se desploma y luego la vegetación seca se agita y se hunde por donde él se arrastra, tal vez, o forcejea con lo que está acabando con su vida. Oyen sus esteriores, sus quejidos ahogados, el crujido de las hojas y de las ramitas muertas.

Jeff se acerca con el brazo caído y la pistola pegada a la pierna. Su corpachón se balancea.

–¿Qué coño haces? –pregunta Darlac.

–Nada –contesta el otro sin darse la vuelta.

Dispara tres veces más y se queda mirando lo que hay a sus pies y los otros dos no alcanzan a ver.

Albert Darlac arranca el coche y mete la marcha atrás. Francis monta justo en el momento en que empieza a desembragar. Miran a Jeff, que corre hacia ellos iluminado por los faros. Es corpulento pero muy rápido, muy ágil, y abre la puerta al vuelo gritando:

–Joder, Albert, ¿se puede saber a qué juegas?

Darlac no contesta nada. Maniobra, regresa a la calzada adoquinada del bulevar. A su espalda, el grandullón resopla, tose, masculla:

–Había que cargárselo, ¿no? ¿O qué?

–Siempre estás igual, ¿eh? ¿Te la pone dura? ¡Tú estás chalado, joder! Te gusta la carne, ¿verdad?

Darlac, vuelto a medias hacia el asiento de atrás, le grita mientras el vehículo circula sobre los adoquines con un traqueteo que hace temblar toda la carrocería. Aferra el volante con las manos enguantadas y lo zarandea como si

pretendiera arrancarlo. Francis se ha acurrucado imperceptiblemente en el asiento y mira por la ventanilla la noche mal iluminada por las calles desiertas. Un silencio repentino domina el habitáculo. Solo se oye respirar por la nariz a Jeff, como un niño enfurruñado, tratando de contener la rabia.

—No deberías hablarme así —dice al cabo de un momento con voz débil mientras pasan junto al muro del cementerio de la Chartreuse.

—¿Cómo que no debería? Te hablo como me da la gana. Y tú me obedeces. La cosa no tiene vuelta de hoja. Había que cargarse a ese capullo y ya está. ¡Una bala, un trabajito limpio, lo dejamos ahí que se pudra y punto! ¡Así que tranquilo! ¡O te devuelvo al sitio del que te saqué!

El otro no abre la boca. Inclina la cabeza, se toca las manos.

—Eres muy duro —interviene Francis—. Joder, eso no se dice.

—¿Que soy muy duro? Esto lo hacemos para que el mamon de Destang no declare la guerra y prenda fuego a la ciudad, y este va y se ensaña. ¡Eso no se puede hacer, lo sabes perfectamente! Ya no respeta las reglas.

Francis se ríe burlón, apoyado contra la puerta.

—Ah, ¿ahora resulta que hay reglas? Primera noticia. La única regla que yo conozco es la ley del más fuerte, joder, y en este momento somos nosotros.

—Cierto. Pero las cosas no se hacen de cualquier manera. Lo que hemos dejado ahí es un trabajo de dementes, de perturbados. No ha sido un trabajo de hombres. Si vamos por ahí haciendo esas gilipolleces, no nos respetará ni Dios.

Francis asiente. Jeff sorbe. Todos se callan. Al acercarse a la place Gambetta, ven a la gente que sale en pequeños grupos del cine Rio y después a los que aprietan el paso por la plaza debido al frío. Aquí, la ciudad tiene algo más de luz y de vida. Las terrazas de los cafés, los neones

de los cines. Bajan hacia el muelle por el cours de l'Intendance, todavía lleno de coches y peatones. Tienen que detenerse en un semáforo en rojo en el cruce con la rue de Grassi. Pasan unas mujeres riendo. Francis baja la ventanilla y las piropea. Ellas se vuelven y se dan codazos entre risillas.

–Yo me tiraba a una encantado, así, rapidito, le daba bien por el culo.

El coche arranca y Francis sube la ventanilla revolviéndose incómodo en el asiento. Se ven obligados a dar un rodeo por la Bolsa y luego suben por la rue Saint-Rémi. En la esquina de la rue du Pont-de-la-Mousque, Darlac aparca en la acera y bajan. Cierran de un portazo casi a la vez. Corren hacia el hotel, indicado por un cartel azul iluminado por una bombilla de escasa potencia. En el pequeño vestíbulo, Rolande, la patrona, se despierta al oírlos entrar, con los ojos hundidos en las mejillas y relucientes en sus bolsas arrugadas, y soltando un suspiro les pregunta qué quieren.

–Policía –dice Darlac, enseñando el carné.

La mujer se pone unas gafas en la punta de la nariz y compara la foto con la cara del comisario.

–¿Y esos?

La voz cascada. Tabaco, alcohol, una vida de mierda.

Un gesto de cabeza del jefe. Exhiben los dos a una el carné tricolor.

Darlac se fija en un teléfono situado detrás de ella.

–Ni tocarlo o te lo hago tragar enterito. ¿Está claro?

La mujer se encoge de hombros.

–No sigas, Darlac, me das mucho miedo. ¿Qué queréis?

–Al Cangrejo.

–No sé de qué me hablas. No me gusta el marisco.

Del bofetón se cae de la silla y va a chocar contra una mesita situada detrás, encima de la cual había un cenicero lleno de colillas y dos guías telefónicas que se estampan